

HUMANIDADES

EL PROBLEMA FILOSÓFICO DE LA EDUCACIÓN (1)

Mi primera palabra es de agradecimiento profundo a las sentidas que acaban de brotar de los labios del señor decano de la Facultad, benemérita entre todas, porque es la Facultad de la educación, de la formación de los pueblos; la más importante de las facultades universitarias, en países que están por hacer en civilización, que están por cuajar en estados espirituales, que han de cundir alguna vez en la realización quizá de los

(1) Versión taquigráfica de la conferencia pronunciada el 29 de septiembre de 1921, en el aula mayor de la Facultad.

El decano, doctor Levene, presentó al gran maestro y orador, doctor Caso, diciendo :

Señoras,
Señor presidente,
Señor embajador de México,
Señores profesores y jóvenes estudiantes :

Tengo el honor de presentar a la juventud platense al embajador de la república amiga, doctor Antonio Caso, humanista, publicista, profesor de la histórica Universidad hispanoamericana, que ha accedido gentilmente a nuestro pedido para ocupar la cátedra en la Facultad de ciencias de la educación.

Nos honra con su presencia y nos brinda generosamente con una lección sobre tema tan trascendental como el del problema filosófico de la educación, que preocupa a todo espíritu superior, que absorbe la atención de todo hombre de estudio, incitando a meditar, con gravedad, sobre el destino de los niños y de los jóvenes, sobre la responsabilidad de los maestros que modelan las almas sensibles confiadas a su custodia.

En realidad de verdad, por encima de la crisis económica que azota a

más altos destinos que haya logrado el hombre sobre el planeta. América ofrece nuevas posibilidades de desarrollo a la cultura europea, y Europa, que resulta siempre formando factorías y colonias en los otros continentes, en América deja hijos, en América engendra nuevos pueblos. El mío se llama Nueva España, y cerca del mío hay otro, poderoso, que se llama Nueva Inglaterra.

La civilización europea tiene asegurada en América una vía de desarrollo interminable; se desenvolverá probablemente en nuestros países y en nuestras regiones, una nueva manera de confraternizar los hombres, construyendo ciudades que quizá rindan frutos ópimos como los que han rendido en las venerables tierras de Europa.

Cuando un mexicano llega a tener la honra de dirigiros la palabra en una universidad argentina, tiene que abundar en los mismos conceptos y los propios pensamientos que acabáis de escuchar de los labios del señor decano.

todos los pueblos — haciendo brotar recursos inverisímiles de la alquimia de sus financistas — el sistema filosófico de la educación es el arduo problema que affige al mundo, antes de la gran guerra, como se evidencia a través de la moderna literatura pedagógica de contenido ético-científico, después de la catástrofe, como se comprueba por la angustiosa necesidad de plantearlo en sus exactos términos, esclarecerlo y aproximarnos a su racional solución.

Vuestra palabra, reputado maestro, será, pues, escuchada con respeto por profesores y alumnos de esta casa, para quienes aquel tema es parte esencial de sus estudios.

Señores :

Como sabéis, México, que acaba de cumplir el centenario de su emancipación, es una democracia libérrima como la nuestra; ha sufrido como nosotros los infortunios de la guerra civil engendrados por su inmovible pasión por la República y la Libertad; ha dado a la historia geniales poetas que han cantado, en versos imperecederos, la belleza y el amor; historiadores eminentes que ejercitan su ingenio en la investigación; hombres de estado, representativos de la acción y el carácter; maestros que enseñan a la juventud el sendero de la verdad y el ideal de la vida.

Tenemos con México, aparte la existencia de otros vínculos espirituales, un común origen de solidaridad y fraternidad, sellado en la realización de una empresa, a la par magnánima y épica.

En 1810 vibraron al unísono, Caracas, Buenos Aires, Santiago y México,

Es cierto; vivimos muy aparte, muy lejos. La geografía nos ha aislado, pero el espíritu nos une. Y precisamente, porque estamos lejos, ésta es una razón para trabajar por estar cerca. Las obras difíciles son las que incitan más al empeño de los hombres; las obras fáciles se consiguen y realizan por sí mismas.

Señor decano: Os repito mi agradecimiento por las palabras tan honrosas para mí que os servísteis pronunciar hace breves instantes, y paso, con vuestra venia, a ocuparme del estudio del tema que se anunció oportunamente a vosotras y a vosotros.

El tema es, en suma, el problema filosófico de la educación. Desde luego, diré que, para mí, la educación es, con relación a la filosofía, como el arte con relación a la ciencia; es decir, que no puede ser buen educador quien no es filósofo. Educar es conducir, es llevar. Pero, ¿adónde conducir? ¿Adónde llevaremos a los hombres? ¿Cómo formaremos sus destinos, si no nos empeñamos antes en averiguar cuáles son éstos? La educación no puede reivindicarse, como estudio propio, por el psicólogo,

para rebelarse contra la dominación de la Metrópoli, nuestra madre común, que fué buena como madre que era, transnitiéndonos todo lo que poseía y mucho más en generosa y acaso impracticable idealidad; y por virtud de supremas razones naturales — históricas y biológicas — los hijos se emanciparon de la tutela cuando sonó la hora de la pubertad física e intelectual.

En aquel amanecer de nuestra existencia, un hombre civil de la revolución de Buenos Aires, Mariano Moreno, patentizaba la imposibilidad de constituir una confederación de estados americanos, pero decía estas amargas palabras que deseo repetir, porque es tiempo de ratificar la política de aislamiento que se vive. «¿Quién conciliaría nuestros movimientos — escribió el director espiritual de la revolución argentina — con los de México, cuando con aquel pueblo no tenemos más relaciones que con la Rusia o la Tartaria?»

En este mismo momento, estudiantes de toda América, entre los cuales figuran argentinos de esta Universidad de La Plata y de Buenos Aires, confraternizan en México celebrando su fasto histórico, y don Antonio Caso, embajador de su gobierno y conspicuo representante intelectual de la Universidad, enseña a la juventud argentina.

Constituyen pruebas inequívocas de que se inaugura un nuevo momento histórico en el destino de América.

He terminado.

ni por el biólogo, ni por el historiador, ni por el sociólogo. Es indispensable mayor amplitud en el punto de mira. Es indispensable contemplar los problemas de la educación desde un punto de vista más alto; hay que subordinar todos esos problemas—me atrevería a llamar secundarios— de la educación, desde el punto de vista biológico, fisiológico y psicológico, a este punto supremo de la educación desde el punto de vista filosófico. Porque sólo la filosofía práctica abarca en su totalidad, como síntesis, la meditación ordenada de las cosas del mundo en función de las cosas del espíritu; y sólo merced a esta ordenada meditación de las cosas del mundo en función de las cosas del espíritu, es posible averiguar cómo hay que conducir a los hombres, cómo hay que formar su carácter, cómo hay que integrar sus personalidades. Por consiguiente, corresponde la educación a la filosofía, como corresponde un arte a una disciplina fundamental. Esta disciplina fundamental es la filosofía general.

Desde luego, es indispensable preguntarnos: ¿Qué es lo que queremos lograr cuando educamos? ¿Para qué educamos? ¿Con qué fin convocamos a las gentes a que pueblen las escuelas? El gran temor del educador estriba en que podrá hacer perder el tiempo a los hombres llamándolos a la escuela. Sería, entonces, el más criminal de todos los delincuentes; les habría llamado a malgastar las mejores horas de su vida en poblar las aulas, de las cuales no habría sacado el poblador sino nociones confusas e incompletas. Sería tal vez mejor, entonces, abandonar a cada espíritu a la propia y personal disciplina, que no convocarlo y reunirlo en escuelas con otros espíritus.

Por consiguiente, es indispensable preguntarnos: ¿Qué vamos a hacer al educar? ¿Qué vamos a hacer los educadores al educar? Vamos a integrar personalidades, a integrar hombres, a formar hombres. ¿Qué es un hombre? ¿Qué debe ser un hombre? ¿Y quién otro podrá responder sino el filósofo? ¿Quién podrá saber qué cosa es un hombre sino el filósofo? Si se trata de formarlo precisa, en primer término, pedir el secreto de su formación a quien puede reunir, en síntesis, los datos que proporcionan aisladamente cada una de las diversas disciplinas científicas y artísticas, en las que se ha ejercitado la humanidad en el decurso de la historia.

Todas las cosas del universo son individuales; ninguna de las cosas ni de los seres que existen deja de ser individual; no hay cosas generales ni seres generales. La realidad es siempre individual. Las ideas generales y las palabras generales, son maneras de pensar las cosas. Lo que existe en el mundo no es sino un conjunto de seres concretos, cuya investigación compete al sabio y al filósofo. Por consiguiente, el mayor error podrá consistir, para quien pretenda educar, en detenerse en la síntesis general de las cosas y no haber integrado sino fórmulas, no haber constituido sino definiciones, cuando de lo que se trata es, precisamente, de algo muy diverso: de formar espíritus, de definir individualidades, de acrisolar vocaciones, y de cristalizar almas.

Por consiguiente, el peor de los hombres educados en el mundo, sería el que tuviese simplemente por propósito proceder con arreglo a la fórmula que aprendió, o a la ley física o química que recuerda, sacada de las páginas de sus textos escolares. Es un error pensar que en la realidad existen, v. gr., las secciones cónicas; que en la realidad existen las modificaciones por medio de las cuales nosotros entendemos el universo. Pensar que Dios, como Descartes o Pascal, arregló el mundo por el tratado de las cónicas, es sencillamente no entender qué valor tiene el tratado de las cónicas, además de ser irrespetuoso con la religión, de la cual en este instante no quiero ocuparme. No la realidad, si no se nos da pro-indivisa, como totalidad en la conciencia y hemos trazado en esa realidad caminos por los que vamos desentrañándola, vamos ordenándola y vamos reconstruyéndola con esos datos que tomamos del exterior y del interior de nosotros mismos; no las síntesis, que poco a poco se van acercando a la realidad y que van tendiendo a aprisionarla en todos sus detalles, sin lograr nunca, por desgracia, que el vaso sea lo suficientemente resistente y dúctil a la vez para aprisionar esos pequeños detalles de la realidad y todas estas manifestaciones de su individualidad exquisita, que es lo que verdaderamente constituye la realidad interior y exterior; ni las fórmulas escuetas; ni las definiciones huecas.

Vamos, por consiguiente, a procurar en la individualidad de las cosas, vamos a procurar en la personalidad de las mismas,

vamos a tender a ver en esa realidad *sui generis* siempre *sui generis* del mundo, el modo de educarnos y de formarnos a nosotros mismos de acuerdo con ese mundo, que siempre tiene un valor o una significación individual, personal y característica.

Imaginad un ser humano que valiese tanto como un vademécum, que significara lo propio que una cartilla de fórmulas, que saliera de la escuela con una serie de proposiciones generales en la cabeza; al ir a la vida tendría todos los días una decepción, porque las fórmulas relativas a la vida están muy distantes y nunca un problema es, para un hombre, idéntico a otro problema, y en dos hombres distintos se puede decir que la vida nunca les ofrece una situación idéntica. Cada quien va encontrando en cada hora de su vida graves problemas que resolver. Habrá dos caminos opuestos para formar el espíritu: o bien disponerlo en tal forma que siempre tenga un precepto general de donde derive una solución especial, adecuada, perfecta, o bien integrar la iniciativa del espíritu, disponerlo en tal forma, desligarlo en tales condiciones que el espíritu, siempre autónomo, siempre intuitivo, siempre ágil, pueda hacerse señas con la realidad de las cosas y vencer en el momento oportuno. El primer camino es un camino equivocado; el segundo camino es un generoso y verdadero camino. Por él os aconsejaría, si pudiera, que marcharais como educadoras y educadores.

Intégrese el alma, fortifíquese la individualidad, defínase la personalidad, cristalícese el espíritu, y entonces no hay temor.

Si se ha logrado desligar a cada alma de preocupaciones, desligarla de elementos y causas negativas y contrariantes del propio desarrollo, si se la ha obligado a tomar contacto consigo misma, si siempre el educado es el mismo en todas las circunstancias de la vida, la vida que va a vivir ese sujeto va a ser mucho más feliz, y mucho más eficaz en último caso, para la acción, que es lo único que podemos pedir a los hombres, ya que la felicidad, como dicen los antiguos, es patrimonio de los dioses.

Integremos, pues, formemos individualidades, determinemos conciencias, cristalicemos almas, y entonces nos podremos ahorrar muchos fracasos prácticos, y más de uno teórico.

No existe la manera de formar un hombre perfecto con carti-

llas y fórmulas, pero existe, sí, el modo de integrar el espíritu por simpatía y por convicción; y así armados los espíritus, van a la vida y hallan en ella manera de ejercitarse y de triunfar. Porque las cosas de fondo, lo repito, como las cosas del espíritu, nunca son generales; la realidad es siempre individual. Dos gotas de agua no son positivamente dos seres idénticos; cuando tomamos nuestro microscopio hallamos diferencias esenciales entre una y otra gota de agua, se nos vuelven dos universos distintos, cada una con su flora y su fauna característica. Dos hojas del mismo árbol no son idénticas; son semejantes, pero cada una tiene su personalidad genuina e individualidad propia. Y si eso decimos de dos gotas de agua o de dos hojas de un mismo árbol, ¿qué diremos de dos almas humanas?

La preocupación de pasar un rasero uniforme sobre todos los espíritus es absurda, es criminal, es odiosa.

Yo considero que las escuelas son lugares donde las almas se forman. La misión de la educación no es deformar, es informar; la misión de la educación no es doblegar, es discutir; la misión de la educación no es aburrir, es enseñar; la misión de la educación no es obligar, es libertar; la misión de la educación la concibo, pues, como una escuela, no un taller, no un laboratorio, no una cárcel, sino un lugar de libre discusión, en que el espíritu alcance su mayor plenitud por el contacto amistoso y sincero y constante de otros nobles espíritus.

Pero la individualidad, se dirá, ¿es la individualidad de un delincuente, o es la individualidad de un santo? ¿Es la personalidad de un héroe o de un mártir? ¿Cuál personalidad tratamos de despertar o de suscitar al educar? ¿Cuál personalidad humana? Y respondo: la personalidad humana. Pero, en suma, ¿no un criminal es un hombre? ¿Tenderemos a despertar el instinto criminal en las escuelas? ¿No un mártir es un hombre? ¿Procuraremos en las escuelas que el martirologio se aumente? ¿No un héroe es un hombre? ¿Procuraremos en las escuelas que se aumente el número de los héroes? Respondo: hay que formar e integrar personalidades humanas. En suma, la dificultad, la obscuridad está en el significado de este vocablo: ¿qué es lo humano? Y me pregunto: en la Facultad de humanidades, de La Plata, ¿qué es lo humano? ¿En qué estriba lo huma-

no? ¿Qué es lo característico y distinto de la humanidad?

El hombre tiene muchos puntos de contacto con la bestia, pero tiene, felizmente, muchos puntos de diferencia con ella. Lo característico humano no es aquello en lo cual el género humano se confunde con la actividad animal, sino aquello en lo cual el género humano se distingue de la actividad animal.

Ahora bien; el animal es un punto constante de poder y de acaparamiento; la bestia, que es, como dice Schopenhauer, una voluntad que no ha tomado conciencia de sí misma, es decir, una voluntad que no sabe qué quiere, que ni siquiera sabe qué quiere; una voluntad inconsciente que va con una misión orgánica, fundamental constante: acaparar, nutrirse, reproducirse. ¿Para qué? Para reproducirse, acaparando y nutriendo. ¿Para qué? Para nutrirse, reproduciéndose y acaparando.

Cuando se trata del hombre, entonces es diverso. Nuestra obligación estriba en ser buenos animales, pero no para encerrarnos dentro del círculo vicioso de la animalidad, sino para tomar esa característica como base y sostén de una actividad que nuestra conciencia nos declara más noble y mejor. Es decir, que en la escala de valores que poseemos, la colocamos en un grado más alto, y la otra actividad animal en un grado inferior.

El hombre está dotado de pensamiento. Pensar — lo habréis estudiado probablemente en algunos de los filósofos del siglo XIX que os enseñan vuestros maestros en la cátedra de la Historia de la filosofía, — pensar, es una forma también económica de arreglar la realidad.

Cuando yo digo que en la sala de actos de la Universidad están reunidos hombres, he hablado de un modo económico: me refiero a todos los seres que poblamos este recinto. Sin embargo, cada uno, repito, goza de su individualidad característica; yo no habría podido en mucho tiempo decir los seres que hay en el aula si no dijese: hay hombres. Pero en realidad, lo que hay es el doctor don Fulano, la señorita Zutana, el caballero X o Y. Estos son los que realmente me rodean — en ello tengo mucha honra — y yo con ellos, que tengo también mi alma y mi individualidad singular y positiva, yo, sin embargo, he hecho una síntesis, hablando de que hay hombres en el aula.

Un género, una idea general es siempre una síntesis de algu-

nos atributos que poseen los seres, que deja fuera de cortadura otros atributos que también poseen los seres y a los cuales pueden referirse otras palabras generales.

Con el menor esfuerzo posible, el pensamiento realiza el mayor provecho estable; por medio del menor número de ideas nos empeñamos en pensar el mayor número de cosas. El progreso de la ciencia se ha producido cuando las leyes más numerosas y menos amplias van reduciéndose a las leyes más amplias y menos numerosas. Por fin, se produce un instante en que se llega — si a tanto fuera dable el poder del pensamiento humano — a reducir una provincia del saber a una sólo generalización. Entonces las otras generalizaciones y las otras leyes concíbense como casos particulares o derivaciones de la ley fundamental.

El hombre educado intelectualmente, sólo intelectualmente, sólo para el pensamiento puro, es un profundo egoísta. Pensar, pensar es el egoísmo más extraordinario, más lúcido y mejor, porque la inteligencia es la mejor arma de todas cuantas se han dado por el Creador a los seres vivientes.

La inteligencia es la mejor manera de realizar los desiderátum de la vida, el modo de realizar de la manera más exacta y mejor los propósitos de la vida. Si a mí me pusieran a preferir en una *menagerie* lo que deseo, y me dijeran: ¿deseas las garras del león? ¿deseas la agilidad de esta especie? ¿deseas tal o cuál arma ofensiva o defensiva de tal o cuál clase de animales? Yo respondería: prefiero esta arma: la inteligencia, que ve antes de ver, que oye antes de oír, que se anticipa a la realidad y que la construye en grandes síntesis de ideas y la hace, entonces, más práctica y más útil.

Por consiguiente, el individuo educado para la pura inteligencia, para la pura razón, es un egoísta puramente racional; estará constantemente procurando abarcar el mayor número de cosas con el menor número de pensamientos, y tendrá un gran éxito en la acción: pero no nos parece, en nuestra conciencia, que sea un tipo de hombre cabal; porque al lado de la bestia y del sujeto puro de conocimiento existen otras prendas en el alma humana que definen lo propio y exclusivamente humano.

¿Cuáles son estas otras prendas? El hombre es capaz de contemplación estética y de intuición estética. En el mundo, como

economía, todo cuanto existe es motivo de acaparamiento y de poder; en el mundo como intuición, el universo no se quiere disfrutar, no se va a usar, no le vamos a imponer nuestro sello propio, sino que abrimos de par en par las puertas de nuestro espíritu y dejamos que ese mundo nos lo pueble.

Cuando el mar está agitado, cuando lo mueve reciamente el viento, no pueden reflejarse sobre su superficie los seres; la imagen de estos seres sobre la superficie del agua es siempre falsa, está desviada por el movimiento mismo de la ola. Cuando el agua está en calma, entonces reproducése otra vez, el universo pinta de nuevo, en su seno, la realidad. Lo mismo en la conciencia del hombre: cuando el hombre está agitado por las ideas, cuando el hombre está en vías de lograr alguna cosa, no vé en dónde está, no sabe dónde se encuentra, va con su propósito: yo conseguiré esto, yo buscaré tal otro. Y hay muchas cosas importantes en el mundo, pero no para mientes en ello; él va en pos de las cosas que le importan; entonces el mundo se le obscurece, el mundo pasa a su lado guiñándole los ojos, pero no está dispuesto a ver las señas que el Universo le hace, y entonces lo único que logra es obtener imágenes desviadas de la realidad. En cambio, en la conciencia del artista se refleja una visión, pero en una forma tal que no es ya el Universo deseable para usarlo, sino para verlo. Ya no lo queremos para dominarlo, para vencerlo, para incorporarlo a nuestra personalidad. Entre paréntesis, el Universo, cuando lo queremos disfrutar con el fin de imponerle nuestro sello, se nos rebela; de ahí las dificultades que se hallan en la industria; mientras que cuando el Universo se nos ofrece como objeto de contemplación, somos sus amigos, y acude solícito a nuestra conciencia, y se realiza en las obras de arte, llámeselas sonata, tela célebre, soneto inmortal. Pero en el fondo, lo que ha pasado es que el mundo se ha duplicado en la conciencia humana y se ha combinado en la imaginación del hombre, modificando sus atributos en la concepción del artista.

Este es un gran bien que tiene el hombre; este es otro gran placer que tiene el espíritu: el placer de oír por oír, de ver por ver, que Kant llamaba placer desinteresado, finalidad sin fin, en lo que veía el objeto final del arte. El fin era el desinterés del espíritu humano frente a la vida.

Si vamos a formar hombres, los haremos, pues, buenos animales, enérgicos animales, pero no con el fin de encerrarlos, de enclaustrarlos en la parte menos noble de su ser: los haremos así, para que puedan servir de soporte a otras actividades del espíritu.

Un animal juega porque tiene energías bastantes para quemarlas o gastarlas en la actividad de jugar, ya que satisface otras actividades esenciales. Por eso los animales inferiores juegan. Pues bien, el hombre tiene otro modo de jugar, un modo trascendental de jugar, un modo extraordinario de jugar, que no se reduce al juego, como lo han querido los filósofos positivos, porque ese *surplus*, ese excedente, esa demasía de actividad animal, constituye en el hombre una energía suficiente para gastarla en otras actividades que no son las propias actividades que tiene la bestia.

Entonces, esa actividad es el asiento de otras actividades superiores: la actividad del pensamiento y la actividad desinteresada del arte.

Si queremos formar hombres cabales, haremos además de hombres vigorosos, enérgicos, además de buenos animales humanos, haremos con estos buenos animales humanos, buenos pensadores, diligentes pensadores.

Pensar es un deber. Si creéis que no todos podéis pensar altamente, es porque no os ejercitáis en el pensar. Todo lo puede una voluntad enérgica, dispuesta a hacer más inteligente y más ágil el espíritu.

Si nos aplicamos a pensar constantemente, pensaremos mejor. ¿Y quién de vosotras y vosotros no conoce a aquel que en la escuela parecía no valer nada para la vida, y que a fuerza de un tesón ejemplar ha logrado desarrollar su propio espíritu y ser tan inteligente, o parecerlo, como los más inteligentes de sus colegas de escuela ?

Es indispensable trabajar constantemente para la realización del hombre en las dos actividades fundamentales ya destacadas. Pero falta otra característica. El hombre también es un sér que se sacrifica, es un extraordinario sér que, en un momento dado, siente más placer en la actividad que le causa el mayor dolor, pero que beneficia al semejante.

No hay quien no haya sentido alguna vez, por egoísta que fuera, no hay quien no haya sentido en alguna ocasión este ímpetu de dar, este deseo de realizarse como desprendimiento, como providencia.

Todos hemos tenido alguna vez, yo creo, la impresión de que nuestra actividad sempiterna de acaparamiento no es la única que constituye el fundamento de nuestra realidad, y hemos perdido, como el filósofo, manos que se alarguen hacia nosotros para llenarlas de bien.

Cuando el hombre considera que el mundo es como una dádiva reciente, cuando el hombre se pone en tono con el infinito, y en el fondo de su conciencia se da cuenta de que la vida que transcurre en ese instante es una dádiva que él ha recibido de no sé qué mano; cuando no nos creemos los dueños de nuestra propia actividad, sino cuando nos pensamos capaces de recibir en este bien esta merced de ser, porque en el fondo ninguna razón necesaria hay para que cada uno de nosotros exista; cuando vemos que la vida misma que gastamos y llevamos, más o menos penosamente sobre el mundo, puede considerarse como una dádiva, entonces podemos también imaginar que somos los dadivosos constantes para los que nos rodean.

El placer de dar es un gran placer; es un placer que se podría equiparar, por un egoísta, al placer de recibir. La vida está siempre pidiendo; la vida dice: dadme, dadme de esto, dadme de estotro, dadme constantemente; y el bien constantemente está diciendo: toma, toma más, toma más. La vida pide, y el bien dá; la vida no se ha cansado de pedir, pero yo todavía no recuerdo un hecho que me demuestre que el bien se haya cansado de dar. Constantemente ha habido buenos en el mundo, constantemente los habrá. El mal no es ningún argumento para el bien; el egoísmo no es ningún argumento contra la caridad; si hay el codicioso que constantemente pide, hay también el caritativo que constantemente ofrece. Y medita: ¿qué placer es mayor: el placer de acaparar o el placer que estriba en vencer todas las resistencias de todas las leyes cósmicas y producir entonces la individualidad en todas sus fuerzas y en toda su energía, dando sin espera de recibir beneficios, dando por dar con el propósito de educar, con el propósito de servir de provi-

dencia al semejante, es decir, sin ningún provecho para el mismo, sin ninguna razón para la propia individualidad?

El sér más individual y más personal de todos los seres, sería aquel que no obrara con sujeción a ninguna de las leyes que determinan la actividad en uno u otro sentido. Porque si yo obro conforme a una ley, no soy autónomo, soy heterónimo, me subordino al propio principio, soy caso de una generalización, soy momento de una sucesión ya prevista; en tanto que si yo obro oponiéndome a las demás realizaciones, yo soy entonces una cosa original, tan original que no obedezco a un principio, que no parto de mí mismo. La autonomía de la voluntad, la personalidad plena, la personalidad augusta, humana, la alcanza el hombre en el momento en que vence todas las sugerencias de la razón, que le dice: sé prudente, no des lo tuyo, darlo es imbecil, y sin embargo, contesta: doy porque hay un gran placer en dar, porque ninguna razón me convencería de que no debo ser en este momento dadivoso y servir al semejante.

El criterio, la razón, la cordura, la medida, la proporción, la economía, pequeñas razones que en un momento vencen a otra razón superior, a otra razón suprema, y por encima de todas aquellas pequeñas razones, que son pequeñas pasiones, se realiza la gran razón de dar por dar, de integrar por integrar, y en este mismo instante — se agrega — se cree, y en este mismo instante, se espera.

La actividad de dar engendra en el alma la convicción de que es fuerte para hacerlo, y la esperanza de que constantemente se será capaz de realizar un acto que una vez realizó. Esto es característico del hombre; éste es un hombre; un hombre es el que sabe dar en estas condiciones. Si queremos, pues, hacer hombres en las escuelas, volviendo al punto de la disertación, formemos almas individuales, formemos buenos animales, eugenicemos las razas, formémosles hermosos y aptos para la acción, pero al mismo tiempo, inculquemos en ellos este sutil egoísmo de pensar, este placer incomparable de ver, de contemplar, de oír, esta magnífica actividad sui géneris, de dar por dar, que tiene un nombre clásico y cristiano. Hagamos al hombre caritativo; hagámoslo artista, obliguémoslo a ser inteligente, cada vez más inteligente en su acción en las cosas del mundo y de la

escuela, y entonces habremos cumplido con los fines de la educación, integrando almas poderosas por sí mismas, que en las diversas emergencias de la vida, sabrán realizar la acción humana en la proporción y en la medida en que esta acción ha de realizarse para procurar la felicidad, o al menos, ya que no la felicidad, la oportunidad de la acción de un hombre verdaderamente digno de este nombre.

Se recuerda una anécdota. Una vez Napoleón y Goethe halláronse frente a frente. Napoleón tuvo esta sola expresión elogiosa para el incomparable poeta alemán: *Monsieur Goethe: Vous êtes un homme.* (Señor Goethe: usted es un hombre.)

Yo querría que al terminar cada una y cada uno de vosotros su labor como educadores, dijerais a cada uno de los que habéis educado, y tuviéseis razón para proferir las palabras de Napoleón: Señorita mía, o señorito mío: Ya os formé: merecéis realmente este bello nombre: sois un hombre.

ANTONIO CASO.